



LAS TINIEBLAS DE LA GUERRA ARGELIA Y KOSOVO

Salima Ghezali
Carlos Taibo
José Ignacio González Faus

1. La violencia en Argelia
2. El conflicto de Kosova
3. Causa justísima - guerra injusta

- Nos acercamos al final del siglo XX. Un siglo que, entre otras cosas, se ha caracterizado por la guerra y por la violencia de todo tipo. Violencia y guerras no son patrimonio exclusivo de este siglo. Las encontramos en todo nuestro pasado humano y en todos los continentes.
- Lo sorprendente de este siglo ha sido el hecho de que haya producido 150 guerras desde el final de la II Guerra Mundial, que la tecnología haya aumentado enormemente la capacidad de destrucción (bombas atómicas, Vietnam,...), que la locura humana parezca haber llegado a cotas inimaginables (Hitler, Stalin, Pol Pot, “apartheid”, Argentina, Centroamérica, Pinochet, Milosevic), y que la cultura de la violencia conviva tranquilamente con la supuesta cultura de la democracia y de los derechos humanos.
- Hubo un momento en que pareció que las grandes violencias formaban parte del pasado, cuando ya sólo veíamos en documentales de historia el holocausto judío, el bombardeo de Dresde o las masacres de Vietnam. “Nunca más”, nos decíamos. Ingenuos. Ruanda, Karadzic, Milosevic, se han ocupado de despertarnos de nuestro sueño democrático. El mundo no está gobernado por los derechos humanos, sino por una versión corregida y aumentada del “Oeste americano”.
- Argelia y Kosovo son los últimos escenarios que han hecho algo indigestas nuestras cenas. Son escenarios difíciles de entender. ¿Por qué los islamistas matan tan cruelmente en Argelia sin que el gobierno haga nada contra ellos? ¿Por qué el gobierno argelino impide que los periodistas cubran la información? ¿Por qué la “comunidad internacional” no actuó en Ruanda, ni en Bosnia, ni en el Kurdistán, y en cambio sí lo hizo en Irak y ahora en Serbia? ¿Quién constituye la “comunidad internacional”?

Cristianisme i Justícia

Salima Ghezali es argelina, directora del semanario La Nation, galardonada con diversos premios internacionales por sus trabajos por la paz, entre ellos: Olof Palme (1997), Sakharov (Parlamento Europeo - 1997) y Alfonso Comín (1996).

Carlos Taibo, profesor en la Universidad Autónoma de Madrid, publicó en nuestra colección el cuaderno 58, Veinte preguntas sobre los conflictos Yugoslavos.

José Ignacio González Faus, sj., profesor en la Facultad de Teología de Catalunya y en la UCA de San Salvador, es el Responsable Académico de Cristianisme i Justícia.

1. LA VIOLENCIA EN ARGELIA¹

Salima Ghezali

Una imagen de Argelia ha dado la vuelta al mundo: pueblos enteros devastados tras las masacres perpetradas por grupos terroristas, cuerpos horriblemente mutilados, cadáveres calcinados, bebés con la cabeza aplastada, mujeres sollozando, casas en ruinas, cementerios abarrotados de gente horrorizada.

Junto a esta imagen se presenta otra: como si viniesen de otro mundo, hombres corpulentos armados, miembros de los Servicios de Seguridad del Estado o milicianos, que rodean a los supervivientes, ante las cámaras de televisión, como si mostrasen (¿a los habitantes de otros pueblos?) el tipo de barbarie a la que se exponen los que no cuentan con su protección en el momento fatídico en que aparezcan las hordas asesinas.

1.1. VIOLENCIA Y PROPAGANDA MEDIÁTICA

En el transcurso de estos años de terror, millones de argelinos se han visto sometidos, no sólo a la violencia en sí misma, sino también, y de manera continuada, a su puesta en escena mediática. Pocos conflictos exhiben tanto a sus víctimas sin mostrar nunca a los verdugos. La verdad es que, en el caso del conflicto argelino, nos encontramos ante una situación paradójica que reúne los elementos de una guerra posterior a la guerra fría, con sus “puntos oscuros”, y en la que los periodistas, las organizaciones humanitarias y otros testigos no pueden permanecer presentes mientras continúe existiendo un Estado capaz de controlar la circulación de la información y, sobre todo, la reproducción de las imágenes sobre el conflicto.

Así pues, Argelia se puede considerar un ejemplo de manual en materia de gestión política de un conflicto de larga duración por la manera de tratar la información relativa a la violencia (el caso ya clásico de la CNN durante la guerra del Golfo sólo fue posible en un breve período de tiempo). La violencia aparece como un discurso que cumple una función eminentemente política y no como un ejercicio de relación de fuerzas sobre el campo de batalla. En Argelia, la guerra es principalmente un asunto de los servicios especiales del Estado, lo que conlleva que los “beneficios” de la acción violenta recaigan exclusivamente en un solo protagonista, independientemente de la multiplicidad de actores y de sus motivaciones. Como en algunas artes marciales de Oriente, el vencedor es aquel que aumenta su fuerza con la del enemigo y sabe aprovechar a su favor cualquier movimiento adverso.

En este tipo de conflicto sin moral, en el que casi no existe limitación económica alguna (recordemos que la economía argelina es solvente, puesto que, en el sur, lejos del escenario de la violencia, cuenta con explotaciones de petróleo, principal fuente de ingresos del país), ni tampoco existen demasiadas preocupaciones en torno al coste humano (en una sociedad acostumbrada a pagar un precio elevado en vidas humanas), el cinismo resulta mucho más habitual de lo que la hipocresía política está dispuesta a reconocer. Para hacerse una idea de los abismos de ignorancia e incompreensión que rodean el conflicto, basta con haber visto cómo, la noche de la matanza de varios centenares de civiles inocentes en Si Raïs, el presidente del gobierno argelino, Ahmed Ouyahia, proclamaba por televisión que tales hechos demostraban claramente el fracaso del terrorismo en su lucha contra el Estado y que el pueblo estaba

¹ Este capítulo es una gentileza de la **Fundación Alfonso Comín** a quien agradecemos todas las gestiones para que pudiera realizarse.

dispuesto a sacrificarse para ponerle fin.

La razón del espectador, víctima de la violencia mediática

Lo más pernicioso de la difusión de imágenes sobre los actos violentos en Argelia es la función coercitiva que desempeña (la población se ve inmersa en un clima de terror y de rechazo hostil ante cualquier esfuerzo de raciocinio) y la espiral de violencia que genera. Y es que la retransmisión de la violencia deja a los espectadores saturados de hemoglobina y profundamente marcados por el horror y la impotencia, sin informarles sobre el contexto en que se producen los hechos, ni sobre la verdad o verdades que hay detrás.

Por la propia fuerza que conlleva, el espectáculo de la violencia genera una nueva violencia que desacredita cualquier intento de exigir información. Parece que sea una obscenidad plantearse preguntas ante una situación que se presenta como “toda la verdad”, en la que no caben las interpretaciones. Pero, entonces, se produce un fenómeno sorprendente: por un lado, la realidad en la que se ubica la violencia desborda el limitado marco de su escenificación mediática, y sigue desplegando su implacable lógica propia; y, por otro lado, la mente del espectador se siente paralizada por la descalificación que sufre quien desee obtener más información. Por ejemplo, la pregunta espontánea “¿quién mata a quién en Argelia?” es tildada de “obscena” por los que, en realidad, se están convirtiendo en los artífices de un nuevo totalitarismo. Con esta acusación de “obscenidad” se cierra el paso a cualquier intento de salida del statu quo.

Nos encontramos ante un verdadero punto final de la reflexión sobre la Historia. Y el miedo del espectador lo permite. Una vez superado el impacto de las primeras imágenes, las masacres se pueden seguir repitiendo en Argelia, porque no hay modo de plantearse interrogantes sobre la situación. Y sin preguntas no hay respuestas. No hay lugar más que para afirmaciones supuestamente evidentes, ante las que sólo existen dos opciones: aceptarlas o rechazarlas. No queda sino la relación de fuerza física (de individuos impotentes ante grupos organizados) y simbólica (una población aislada frente a una élite mediática), en la que la fuerza simbólica sirve de pantalla a la física.

El mundo mediático esconde la realidad

El hecho de que los islamistas maten (y no son los únicos que lo hacen) no diferencia la violencia argelina de la de otros países del mundo (Colombia, Bosnia, Kosovo, Ruanda...). Pero en Argelia hay una propaganda que subraya el carácter particular y diferente de la violencia. Desde el Presidente de la República hasta los periodistas, pasando por toda una gran variedad de creadores de opinión, son muchos los que afirman “la singularidad del caso argelino”, “una situación sin precedentes en la historia de la humanidad”. Los que defienden esta “singularidad argelina” ¿tienen la menor idea de lo que es la historia humana en materia de violencia?

Lo cierto es que la violencia argelina es presentada como un “fenómeno incomprensible”, como si fuese el principio y el fin de una situación “imposible de explicar”. A pesar del hermetismo en torno a la Seguridad del Estado, y a pesar de que las autoridades argelinas no hayan promovido la menor investigación sobre el terreno, los comentarios de los periodistas apuntan en su mayoría a que “las matanzas son obra de los grupos islamistas”.

Sorprendentemente, en lo concerniente a Argelia, se ha generalizado la práctica de reproducir las informaciones facilitadas por la prensa argelina sin verificar las fuentes de la información. Un vocabulario específico, un auténtico sociolecto (una especie de mundo semántico exclusivo de esta guerra), formado por fragmentos de informaciones, por derivaciones semánticas, por analogismos abusivos, ha envuelto los hechos hasta el punto de no dejar que el espectador se acerque a la realidad, y de convertir en sospechosa cualquier petición de transparencia. No tenemos acceso a los hechos, sólo al universo lingüístico creado por la propaganda oficial y periodística.

Sólo queda lugar para una tesis, para una idea: “el integrista islamista es la expresión de una barbarie absoluta que comporta, de manera intrínseca y esencial, una violencia total ligada a una ideología (el islamismo) o, más genéricamente, a una religión (el Islam)”. Esta idea ha substituido magistralmente cualquier búsqueda de información y de inteligibilidad.

La realidad es más compleja

Sin embargo, la realidad no es tan sencilla. Por eso, sería preciso analizar el conflicto argelino como tal, es decir, en tanto que contencioso político que conlleva una confrontación de carácter militar entre bandos opuestos, para identificar los múltiples actores y los diferentes discursos que legitiman la violencia y, por lo tanto, sus orígenes diversos.

A lo largo de siete años de horrores, de propaganda y de un hermetismo proclive a muchas confusiones, un terrorismo intelectual extremadamente insidioso ha rodeado a Argelia con una especie de “cordón sanitario” hecho de evidencias incuestionables. Quien se atreve a traspasarlo o a mencionar ciertos acontecimientos que comprometan a los defensores del discurso dominante es automáticamente descalificado.

Cualquier persona interesada en comprender la función y la finalidad de la violencia en Argelia ha de dedicarse a una auténtica tarea de “desactivación de minas ideológicas” y de higiene intelectual. Y no sólo porque toda verdad merece “moralmente” ser revelada por el hecho de ser verdad, sino también porque, en el caso de Argelia, si no descubrimos la verdad, será imposible acceder a la realidad y, por lo tanto, encontrar solución alguna. De ahí que resulte indispensable recordar ciertos hechos.

La memoria, puerta de la verdad

En primer lugar, no hay que olvidar que la violencia, tanto la de los asesinatos políticos, como la de torturas o la de violaciones de los derechos humanos, no aparece con la explosión de este conflicto, sino que viene de más lejos. La eliminación física de adversarios políticos ya se había puesto en práctica entre las filas revolucionarias en tiempos de la lucha por la independencia

nacional, así como la depuración de grupos enteros de sospechosos de traición. Fue el caso de “la bleuite”, en 1957, que supuso la eliminación de numerosos intelectuales pertenecientes a los maquis, en respuesta a una maniobra de “intoxicación” (es decir, de introducción de elementos desestabilizadores) por parte del ejército francés. También fue el caso de la matanza, en el mismo año 1957, de la población de Melouza, acusada de haber ayudado a una formación rival del FLN.

Una vez conseguida la independencia, el discurso oficial sobre la guerra fue meramente apologético, sin dejar margen alguno a otras posibles valoraciones de los acontecimientos. De este modo se suprimió de raíz cualquier intento de reflexión “ética” en torno al uso de la violencia, lo que, a su vez, impidió lanzar a las movidas aguas de la política argelina las boyas que hubieran podido evitar el naufragio en la barbarie. La losa que el partido único impuso a la sociedad hasta los disturbios de octubre de 1988 imposibilitó dos cosas: en primer lugar, la eclosión de una verdadera conciencia democrática capaz de hacer frente a cualquier conflicto; y, en segundo lugar, la existencia de un contrapoder o de unas instancias morales capaces de movilizar de manera eficaz a la población contra la estrategia del terror desplegada por unos y otros. La breve “primavera democrática” que duró desde 1989 hasta 1991 vio cómo el proceso incipiente de reforma de la justicia destinada a promover la independencia de la misma y la aparición del pluralismo político, de partidos y de prensa, fue interrumpido antes de asentarse estructuralmente y de crear las bases de una cultura democrática en la sociedad.

Después de que, en enero de 1992, se anulasen las elecciones, se proclamase el estado de emergencia y se promulgasen leyes especiales, cada vez resultó más difícil informar sobre la violencia. Se procedió al cierre de diarios y a la detención de periodistas. En la prensa argelina sólo se podía publicar titulares favorables a la suspensión de la elecciones y en sintonía con las nuevas reglas del juego, basadas en la censura y, sobre todo, en la autocensura. En el ámbito de la justicia, hubo abogados y magistrados que protestaron. Incluso se declararon en huelga durante algunas semanas, pero los periódicos se encargaron de desacreditar al movimiento, sospechoso de simpatizar con los islamistas.

Los políticos encontraron libre acceso a los medios de comunicación, aunque supeditado, claro está, a su fidelidad a la política del poder. Pero, al mismo tiempo, se instauró un discurso de tipo poujadista hostil a la clase política, acusada de ser el origen de los problemas del país y de estar a sueldo de los gobiernos extranjeros. Se había preparado el terreno ideal para la explosión de la violencia en todos los sentidos.

Una tierra abonada para la violencia

En un universo absolutamente controlado desde las altas instancias y abandonado, en los sectores más humildes de la población, a las pasiones y a la arbitrariedad, estalló una guerra sin reglas ni testigos. Cada cual se erigió en su propio y único juez: por ejemplo, el presidente Boudiaf podía declarar ante las cámaras que aceptaba encerrar a 10.000 personas en campos de prisioneros “sin ningún tipo de escrúpulos”. En Argelia nadie ha tenido escrúpulos.

Arrestos masivos y deportaciones a campos de concentración al sur del país de más de 10.000 islamistas, detenciones arbitrarias en cárceles, tortura, procesos expeditivos, secuestros y ejecuciones sumarias, ataques contra patrullas de los cuerpos de seguridad, asesinatos de funcionarios, de intelectuales, de periodistas y de personalidades políticas de todas las tendencias. En pocos meses, el terror se extendió por todo el país.

La estrategia de los cuerpos de seguridad para dismantelar la organización de los islamistas que hacían llamamientos a favor de la violencia contra los que presuntamente apoyaban al régimen consistió, en primer lugar, en la disolución del FIS (Frente Islámico de Salvación) con todos sus órganos directivos y sus medios de comunicación: diarios públicos y clandestinos,

radio clandestina, etc. En los sectores tradicionalmente hostiles a los islamistas, esta estrategia sólo tuvo un éxito parcial y restringido. En cambio, en las filas islamistas el impacto fue más fuerte, puesto que se les privó de comunicación interna, al tiempo que se fomentó la infiltración, las manipulaciones y la promoción de elementos menos politizados y más sanguinarios.

Dos bandos simétricos

En Argelia se ha instaurado la práctica sistemática de no cuestionar los métodos del bando al que se pertenece y de condenar los del adversario. Tal comportamiento es propio tanto de los islamistas como de los “demócratas”, a los que los medios de comunicación presentan con demasiada facilidad como víctimas inocentes obligadas a defenderse. De hecho, la estrategia más fácil de desplegar es la de la victimización: basta con disponer de un personal que se preste al juego y de un control de la información; y el poder argelino cuenta con ambas cosas.

Durante los dos primeros años del conflicto, se observa una coincidencia sorprendente entre el discurso que sostenían los diarios radicalmente antiislamistas y los panfletos y casetes que distribuían los islamistas: unos y otros reprochaban a la población que no se implicase en la lucha con su propio bando. En los escritos de más de un editorialista afectado por la muerte de un compañero, encontramos quejas que recuerdan las de uno de los primeros dirigentes de un grupo armado islamista, “el coronel Chebouti”, quien, en una cinta de casete que circuló por todos los barrios populares en el verano del 1993, criticaba a la población por no darle suficiente apoyo. Al cabo de un año y medio del inicio de la violencia la población se mantuvo mayoritariamente alejada de ambas partes en conflicto.

El régimen nunca ha aprovechado esta “pasividad” de la población para aislar a los irreductibles y para poner en marcha un verdadero proceso de superación de la crisis. Al contrario, el creciente protagonismo de los partidarios de la erradicación del fenómeno islamista por la vía militar tiene mucho que ver con el rechazo del diálogo y con la imposición de las teorías de la exclusión. En el período de tiempo que va desde la suspensión de las elecciones de 1992 hasta las elecciones de 1995, en las que supuestamente se recuperaba la legitimidad de las urnas, proliferaron una serie de discursos, cuando menos, inquietantes. En las columnas de los diarios se daba rienda suelta a todo tipo de delirios.

Entre “la tesis de los dos pueblos” y “la tesis de la Argelia útil frente a la Argelia inútil”, se dieron a conocer expresiones de este estilo: “la familia que avanza”, de la que formaba parte la elite “republicana”; “la familia que retrocede”, en la que se mezclaban nacionalistas, islamistas, oscurantistas; “el pueblo ignorante, refractario a la modernidad”.

Para oponerse al fanatismo de los islamistas, que dividían a la sociedad en “buenos musulmanes” (necesariamente islamistas) y una minoría compuesta por “comunistas ateos”, “infieles y otros prooccidentales”, nefastos pilares del régimen, el discurso dominante en los medios de comunicación no encontró nada más elaborado que la simple inversión de esta dicotomía y la adopción de una clasificación tan poco democrática como la de los mismos islamistas. Y aquí no se acabaron las analogías. Los partidarios de la acción violenta defendieron el mismo discurso. Es un hecho notorio que los islamistas hicieron un llamamiento a la eliminación física de sus adversarios, pero no es tan conocido que los antiislamistas no se limitaron a apoyar la represión llevada a cabo por los cuerpos de seguridad.

Cuando la información se convierte en propaganda

En 1993, tras los asesinatos de mujeres y de intelectuales que conmovieron profundamente a la población, los periódicos publicaron unos panfletos de unas organizaciones secretas llamadas OJAL (Organización de los Jóvenes Argelinos Libres) y ORSA (Organización Secreta de los Republicanos Argelinos) que anunciaban represalias; “diez mujeres con velo ejecutadas por cada mujer sin velo asesinada, y diez proislamistas por cada antiislamista”.

Más recientemente, en septiembre de 1998, el editorial de un diario anunció la existencia de “escuadrones de la muerte”, creados por un general retirado en 1993, que “operan en el centro del país”. Pero aquella noticia no suscitó ninguna reacción. Un exceso de desinformación mata la información. En agosto de 1994, una circular sobre “información de la Seguridad Pública” (“l'Information Sécuritaire”), que acrecentaba la opacidad informativa y que se añadía a la censura vigente, dejó vía libre a todo tipo de graves distorsiones que impedían distinguir la información de la propaganda.

El ejemplo más ilustrativo de la concepción particular de la información en un país en guerra lo encontramos en la edición del 22 de febrero del 1999 de un diario argelino, Liberté. Tras publicar una noticia relativa al descubrimiento de cadáveres amontonados en un pueblo de la Mitidja, el periódico recibió un comunicado de los servicios de Protección Civil que desmentía claramente tal descubrimiento. Ahora bien, en el momento de publicar el comunicado oficial que desmentía la noticia, el periodista añade un comentario en el que se muestra sorprendido por el hecho de que una información relativa a la Seguridad Pública sea objeto de un desmentido.

El comunicado de los servicios de Protección Civil dice:

“Ciertas informaciones apuntan al descubrimiento de cadáveres sepultados en un pozo del municipio de Sidi Moussa, en la región de Ouled Allel, del distrito del Gran Argel. Los servicios de Protección Civil hacen saber que se han llevado a cabo las investigaciones correspondientes, con la colaboración de los cuerpos de seguridad, y que hasta la fecha no se ha descubierto ningún cuerpo”.

El periodista añade al comunicado el siguiente escrito:

“Nos sorprende la reacción de Protección Civil a nuestra información, tratándose, como es el caso, de una noticia referente a la Seguridad Pública, un ámbito en el que la colaboración y el valor de los cuerpos de seguridad han quedado sobradamente demostrados.

Por lo que se refiere a nuestras fuentes de información, consideramos que no se pueden poner en duda, sobre todo teniendo en cuenta que los numerosos periodistas que ayer se desplazaron a Ouled Allel no se pudieron acercar a dicho pozo. Pero este detalle no tiene importancia cuando los hechos nos llevan a denunciar los actos innobles de la barbarie integrista y ponen de relieve la abnegación de las fuerzas de seguridad que se encuentran en primera línea del frente antiterrorista.”

Todo ello demuestra que en Argelia, como en la mayoría de países en guerra, es difícil distinguir entre información y propaganda, con el agravante de una serie de clichés que sin duda facilitan la tarea de los medios de comunicación que buscan las “informaciones publicables”, pero que contribuyen bien poco a esclarecer la verdad.

¿Hombres culpables y mujeres inocentes?

A raíz de las masacres del verano de 1997, se estuvo a punto de alcanzar un cierto grado de transparencia gracias a las peticiones reiteradas, por parte de la ONGs de defensa de los derechos humanos, de una investigación independiente. Pero, de nuevo, la actualidad informativa privó a la opinión pública del análisis en profundidad de un conflicto convertido en un episodio de horrores inexplicables, y sobre todo privó a las víctimas de justicia transformando su calvario en el espectáculo del terror revestido de clichés fáciles.

En la mayoría de los casos, las imágenes muestran a mujeres que lloran en los pueblos en ruinas o velando las tumbas de sus familiares asesinados. Y es que el discurso más mediatizado

sobre la violencia en Argelia insiste en que las víctimas principales son las mujeres. Si tanto las víctimas como los supervivientes de las matanzas son las mujeres, cabe preguntarse dónde están los hombres.

¿Acaso nos encontramos en el seno de una sociedad enloquecida, en la que los hombres se han convertido en fanáticos sanguinarios y tienen como principal misión exterminar a mujeres y niños? ¿O tal vez nos encontramos en el seno de una sociedad en la que sólo los hombres pertenecientes a los cuerpos de seguridad o a las milicias gubernamentales han preservado sus cualidades humanas, mientras que los demás se han convertido en asesinos o en cómplices de asesinos?

En realidad, más allá de la brutalidad extrema y del gran número de protagonistas de la acción violenta, en Argelia se manipula y se hace un uso partidista de la violencia (en todos sus niveles) con la finalidad de hacer incomprensible el conflicto argelino y de minar cualquier iniciativa orientada a contribuir a su resolución.

Más de 100.000 muertos

Este conflicto, que se viene arrastrando desde hace nueve años, desde la interrupción de las elecciones legislativas de enero de 1992, ha provocado más de 100.000 muertes, ha destruido la infraestructura económica del país y ha fragmentado a la sociedad imponiendo un clima de terror y unas condiciones de precariedad. El aspecto más trágico de este conflicto es el carácter redundante de la violencia, de sus métodos y de sus discursos, que nos vuelven a llevar a situaciones de hace unos 40 años.

Aunque el conflicto actual en Argelia no se plantee en los mismos términos políticos que en tiempos de la guerra de independencia contra el colonialismo francés (1954-1962), los protagonistas de este conflicto muestran actitudes que recuerdan el pasado con todas las distorsiones generadas por un fenómeno de este tipo.

1.2. ESTADO, VIOLENCIA Y SOCIEDAD

Dos características han destacado en la sociedad argelina durante el período inaugurado por la independencia: en primer lugar, la glorificación de la lucha armada como factor de liberación del país; y, en segundo lugar, la afirmación de la identidad (de la que el Islam constituye un elemento fundamental) como factor de resistencia a la destrucción colonial. Lucha armada e identidad.

A lo largo de los treinta años de vigencia del discurso populista del partido único, que ocupó el poder desde el 1962 hasta el 1992, el descrédito que sufrieron las instituciones políticas y la idea (en realidad, falsa) de que la victoria contra el colonialismo había sido fruto únicamente de la acción militar llevaron a sectores enteros de la sociedad a pensar que sólo la acción violenta podía permitir el cambio.

El período comprendido entre 1989 y 1991, caracterizado por un conjunto de reformas económicas, políticas y culturales, y especialmente por la adopción de una nueva constitución que instauraba el pluripartidismo y las libertades públicas, así como por la creación de un nutrido movimiento asociativo, fue demasiado breve como para permitir un verdadero aprendizaje del ejercicio del poder público, incluso antes del aprendizaje de la democracia. El Estado, origen de la violencia argelina

Tan pronto como se hayan calmado las aguas, los historiadores tendrán la oportunidad de dejar constancia de que el primer crimen contra la paz y la democracia en Argelia se cometió cuando se interrumpieron las reformas del 1989, incluso antes de que la presencia de los islamistas del

FIS originase directa o indirectamente la violencia.

Dada la extensión de esta breve exposición, nos limitaremos a recordar que el conflicto actual no ha surgido ex nihilo, sino que se inscribe en una serie de confrontaciones entre el régimen político y la sociedad. Alcanzó su punto culminante en las revueltas de octubre de 1988, unas confrontaciones que se intentaron traducir en juego democrático, pero que finalmente derivaron hacia el terrible encarnizamiento de la violencia actual.

Más allá de los horrores y de los sufrimientos de la actualidad, estamos íntimamente convencidos de que la violencia argelina no es tanto el fruto de una ideología concreta como el resultado de la falta de apertura política de un sistema de poder que teme por encima de todo la libre expresión y la autoorganización de la sociedad.

Este repliegue político, que se inaugura con la instauración del estado de excepción en junio de 1991 y del estado de emergencia en 1992, marca la ruptura entre la clase política y la sociedad, y hace del régimen actual el aliado objetivo de los grupos más extremistas. Y es que en un marco político de prácticas arbitrarias, en el que la ciudadanía está debilitada, barrios y pueblos enteros se han transformado en campos de la muerte donde seres humanos indefensos son exterminados por hordas de asesinos que, curiosamente, se desplazan a centenares, sin obstáculo alguno, de un extremo al otro del país.

Menos denuncias y más análisis

Cualquier discurso sobre la violencia puede ser incluso contraproducente si se limita a una denuncia en forma de declaración de principios y a una larga letanía de los horrores que forman parte de la vida cotidiana de los argelinos —especialmente de los más desfavorecidos—, en lugar de basarse en el análisis de los mecanismos y de las opciones políticas que lo han convertido en un fenómeno casi estructural en la Argelia actual.

Por otro lado, la negativa sistemática a todo tipo de transparencia no es más que un rechazo a cualquier inicio de superación del engranaje de la violencia. Esta falta de transparencia se puso de manifiesto, por ejemplo, en las condiciones poco claras en las que se produjeron ciertas masacres (sobre todo en verano y otoño de 1997), que no fueron investigadas porque no se pudo crear la comisión de investigación correspondiente. También afectó las propuestas de diálogo con los islamistas del FIS disuelto y de su brazo armado.

Es evidente que la identificación de los autores de la violencia y la supresión del hermetismo sobre las negociaciones entre el régimen y los islamistas del FIS disuelto sólo pueden favorecer la paz y el aislamiento de los extremistas. Es cierto que los grupos islámicos armados (GIA), tan numerosos como difíciles de detectar, han expresado claramente su rechazo al diálogo, a cualquier mediación y transparencia. Pero ésta no es toda la verdad: la actitud de rechazo no es exclusiva de ellos, ya que tanto los gobiernos sucesivos a partir de 1992 como la minoría política se han mostrado contrarios a estos tres requisitos:

- a) transparencia, al considerar que una comisión de investigación representaría una injerencia;
- b) diálogo sin condiciones, que ven como una claudicación ante los criminales;
- c) tratamiento político de la crisis.

Estas tres negativas, unidas a la confusión creada en torno al contencioso político provocado por la dimisión del presidente Zeroual en septiembre de 1998 y por el anuncio de las elecciones presidenciales anticipadas, así como el rechazo a dejar que las urnas decidan libremente, sugieren que el único horizonte imaginable de un régimen que sólo se perpetúa con la manipulación de la violencia es precisamente el mantenimiento de una violencia que ha acabado por convertirse en banal.

1.3. LA SOLUCIÓN SE HALLA EN LA POLÍTICA

Si comparamos la evolución de los islamistas que participaban en las instituciones con la de los que han sido violentamente excluidos de la escena política, reconoceremos que el padre del islamismo argelino, el imán Ben Badis, tenía razón cuando declaraba, en 1938, que “poner mala cara a las reformas es sonreír a las revoluciones”.

El islamismo argelino abarca tantas corrientes como cualquier otra tendencia política, desde la minoría extremista fanática y violenta, hasta la otra minoría realmente política y democrata, pasando por una mayoría que muestra convicciones vagas y adhesiones entusiastas. Esta gama es aplicable a todas corrientes argelinas, sin excepción, desde los comunistas hasta los nacionalistas, pasando por los bereberistas. Si los islamistas se han destacado por sostener un discurso especialmente conservador e injusto respecto a las mujeres, lo cierto es que no tienen el monopolio de las tendencias autoritarias y demagógicas.

Todos los partidos políticos que quieran contar con un apoyo popular para acceder al poder han de aprovechar la fuerte resistencia que existe en el seno de la sociedad argelina, cerrada y amordazada, a la evolución de las costumbres. En la sociedad argelina coexisten comportamientos extremos sin que la libertad de elección individual se haya podido traducir y desarrollar en el terreno político. Además, ha resultado que aquellos a los que correspondía explicar y demostrar las verdaderas implicaciones de una liberalización política, los llamados “modernistas”, no han sido auténticamente liberales y han preferido alinearse con el poder represor y conformarse con proclamas antiislamistas primarias.

La solución será política o no será

La historia se encargará de hacer evolucionar las tendencias políticas más conservadoras, imponiendo los principios básicos de cualquier proyecto de vida pública: diálogo, negociación, participación, pacto, leyes.

El día después de la suspensión de las elecciones, el 13 de enero de 1982, se llevó a cabo una iniciativa política orientada a parar con el diálogo la escalada de la violencia. Esta propuesta, que surgió a iniciativa de los dirigentes del FLN (Mehri, Hamrouche), del FIS (Hachani), del FFS (Aït-Ahmed), y bajo los auspicios de la LADDH (Liga Argelina de los Derechos Humanos, presidida por Ali-Yahia), dio lugar a las Conversaciones de San Egidio, en Roma, en enero de 1995, y al Llamamiento por la Paz de Argel, el 9 de noviembre de 1996, suscrito por decenas de millares de ciudadanos. Estas dos iniciativas condujeron a la denominada “Carta de los 5+3”, carta electoral firmada en febrero de 1999, en Argel, por cinco representantes de partidos políticos y tres candidatos independientes, con la que se iniciaba un proceso político capital para el conjunto de la nación.

Posteriormente, cuatro candidatos a las elecciones presidenciales de abril de 1999 (Aït-Ahmed, Hamrouche, Taleb Ibrahimy y Djabalah), aun siendo defensores de programas e ideologías muy diferentes, denunciaron conjuntamente el fraude electoral, en un gesto verdaderamente político. Y se trata de un punto importante, ya que la política es la única vía que permitirá salir del engranaje de los antagonismos violentos y de las estrategias del terror y de la confusión.

Abril de 1999

2. EL CONFLICTO DE KOSOVA UNA GUÍA RÁPIDA

Carlos Taibo

Como es bien sabido, el conflicto de Kosova ha entrado en una nueva fase, cargada de incógnitas, a finales de marzo de 1999. El propósito de este texto es ofrecer una información básica que permita entender cuáles son las claves fundamentales de ese conflicto, y hacerlo, por añadidura, sobre la base de una denuncia expresa de las políticas avaladas desde 1989 por el gobierno serbio, de una franca defensa del derecho de autodeterminación para Kosova y de un cuestionamiento radical del papel asumido por la comunidad internacional.

El escenario

Kosova es el nombre albanés –Kosovo en serbocroata– de un territorio que, con algo menos de 11.000 km², tiene una superficie semejante a la de Asturias. A principios del decenio de 1990 vivían en Kosova unos dos millones de personas, de los cuales cerca del 90% eran albaneses; la única minoría significada la aportaban los serbios, que constituían del orden del 7% de la población. Debe subrayarse que la presencia de albaneses en Kosova se completaba, dentro de la Yugoslavia de antaño, con la existencia de otras bolsas de población de esa misma nacionalidad en las vecinas Macedonia y Montenegro, algo que reflejaba un fenómeno más general: las fronteras del Estado-nación albanés habían dejado fuera a una parte significada –acaso un 40%– de la población albanesa existente en los Balcanes.

Los especialistas no se ponen de acuerdo, en otro plano, a la hora de señalar si Kosova es o no un país rico. Probablemente la manera más sensata de zanjar la cuestión consiste en afirmar que Kosova es económicamente importante en el marco de la región –cuenta, por ejemplo, con apreciables riquezas mineras y con significadas instalaciones hidroeléctricas–, y ello aun cuando su relieve en el escenario planetario sea poco más que nulo y, en consecuencia, a duras penas pueda invocarse argumento geoeconómico alguno para dar cuenta del aparente interés que en los últimos años han mostrado potencias externas.

En este rápido repaso de datos básicos agregaremos, en fin, que existen dos diferencias fundamentales entre el conflicto de Kosova y el ocurrido unos años atrás en Bosnia. Por un lado, la importancia de Kosova en la trama ideológica del nacionalismo serbio es mucho mayor que la de Bosnia: a los ojos de aquél, Serbia surgió en 1389 en virtud de una batalla celebrada en la llanura de Kosovo Polje. Por el otro, mientras en Bosnia los principales grupos étnicos presentes en el territorio han mantenido una histórica relación de mestizaje, no puede decirse lo mismo de Kosova, en donde albaneses y serbios se han enfrentado con crudeza al menos desde hace cien años.

La historia

Los nacionalismos albanés y serbio defienden visiones distintas en lo que respecta a una cuestión que a los ojos de algunos es crucial: la de quienes fueron los habitantes “primigenios” de Kosova. Para la historiografía albanesa fueron, naturalmente, los albaneses, descendientes directos de los ilirios, que poblaron el territorio varios siglos antes de Cristo; sólo en los siglos XIII y XIV, y en virtud de una imposición armada, consiguieron los eslavos ser mayoría, por lo demás dudosa, de la población. Las versiones dominantes en la historiografía serbia estiman, en cambio, que los albaneses, un producto tardío en el que se hizo valer una mezcla muy dispar de pueblos, sólo hicieron su aparición en Kosova a partir del siglo XV, y ello de resultas de la imposición otomana; los serbios, en cambio, estaban presentes en el territorio desde el siglo VI.

La polémica anterior se ha visto acompañada de permanentes disputas relativas a eventuales

movimientos de población. Esas disputas arreciaron en el siglo XX y permitieron identificar etapas de emigración masiva de albaneses –la primera Yugoslavia (1918-1941); los años cincuenta– o de serbios –las dos guerras mundiales; los años postreros del Estado federal yugoslavo–. Sin negar la importancia de esos debates, que las más de las veces concluyen que el número de albaneses que abandonó Kosova en el transcurso del siglo XX es significativamente más alto que el de serbios, nuestro recorrido de hechos relevantes se iniciará en 1945, cuando vio la luz el ya mencionado Estado federal yugoslavo encabezado por Tito.

Entre 1945 y 1974 Kosova, inserto en la república de Serbia, careció de cualquier tipo de poder autónomo, algo que pronto suscitó quejas entre la población albanesa. Esas quejas apuntaban por lo común a una discriminación: mientras eslovenos, montenegrinos y macedonios –grupos étnicos todos ellos menos numerosos que el configurado por los albanokosovares– disfrutaban de repúblicas propias, y a su amparo se beneficiaban de un teórico derecho de autodeterminación, semejantes posibilidades estaban vedadas en Kosova, donde el gobierno serbio mantenía, por añadidura, políticas singularmente represivas. Las cosas empezaron a cambiar en 1974, cuando una nueva Constitución yugoslava reconoció a Kosova, y a la Vojvodina, la condición de provincia autónoma: aunque el país seguía sin ser una república y dependía todavía de Serbia, en los hechos las atribuciones que le correspondían eran muy semejantes a las de las repúblicas. Es obligado subrayar, de cualquier modo, que el nuevo marco constitucional suscitó lecturas enfrentadas: si para muchos albaneses dejaba sin resolver el problema principal –Kosova seguía careciendo de un derecho de autodeterminación–, para el nacionalismo serbio emergente acarrearba un lamentable traspaso de poder a estructuras que, ajenas ya a los designios impuestos desde Belgrado, se mostraban decididas a alentar –nunca se consiguió demostrar esto de manera convincente– la expulsión de los ciudadanos serbios.

La abolición de la condición autónoma de Kosova.

El movimiento de desobediencia civil.

A partir de 1986, y con Milosevic a la cabeza, se verificó en Serbia el auge de una modalidad agresiva de nacionalismo que poco a poco fue rompiendo todas las reglas del juego de un Estado federal que a una crisis económica muy aguda sumaba los efectos de la zozobra generada por el fallecimiento de Tito. En los cinco años siguientes el gobierno serbio alentó políticas claramente centralizadoras, estimuló la ilegal creación de “regiones autónomas” serbias en Croacia y en Bosnia, alteró el vigor de las normas que regulaban la sucesión en la presidencia colectiva y no dudó en desplegar, desde los medios comunicación oficiales, discursos de franca demonización de diversos grupos étnicos, y en lugar singular de los albaneses de Kosova.

En 1989 el gobierno serbio abolió la condición de provincias autónomas que habían obtenido en 1974 Kosova y la Vojvodina. La medida, visiblemente conculcadora de todo el ordenamiento legal yugoslavo –las provincias disfrutaban de un derecho de veto que no pudieron ejercer–, no recibió atención alguna entre nosotros, y ello pese a que en los hechos era el inicio del proceso de desintegración del Estado yugoslavo. Las consecuencias de la decisión del gobierno serbio fueron varias. El parlamento kosovar fue disuelto, se abrió camino una cruda represión política, se conculcaron derechos básicos, se prohibió la enseñanza en albanés, se procedió a privar de su trabajo a casi todos los albaneses que trabajaban en la economía pública –inaugurando un régimen de genuino apartheid– y se aplicó lo que en los hechos era una ley marcial. Resulta obligado preguntarse qué es lo que ocurriría entre nosotros si el gobierno central procediese a abolir las condiciones autónomas de Cataluña, Euzkadi y Galicia. ¿Cuáles no serían las tensiones que inmediatamente generaría y cuáles los argumentos que colocaría en manos de los movimientos nacionalistas, radicales o moderados, en los tres países mencionados?

Desde 1989, y a lo largo de ocho años, la respuesta de la mayoría albanokosovar consistió en el

despliegue de un formidable movimiento de desobediencia civil. A su amparo se organizaron, en la clandestinidad y en el territorio más pobre de la antigua Yugoslavia, un sistema sanitario y otro educativo, al tiempo que cobraban cuerpo diversas estructuras políticas. La sociedad civil más sólida de toda la Europa central y oriental cobraba cuerpo, paradójicamente, en el más castigado de sus escenarios. Obligado es recordar que la condición, admirable, de ese movimiento apenas se veía acompañada de resultados palpables: Belgrado mantenía en pie, sin fisuras, una gigantesca maquinaria represiva, mientras la comunidad internacional miraba hacia otro lado. De cualquier modo, la pacífica respuesta albanokosovar hacía aún más difícil justificar la política del gobierno serbio.

Conviene llamar la atención, sin embargo, sobre algunos problemas que acosaron al movimiento de resistencia. Por lo pronto, la sociedad paralela que los albanokosovares pusieron en pie era antes una respuesta biológica a su expulsión de la economía pública que el producto de un discurso radical y elaborado. Otro problema lo aportó la progresiva burocratización de la resistencia. La Liga Democrática de Kosova, dirigida por Rugova, alcanzó una posición de clara preeminencia, y en algún momento pareció asumir que la situación general era relativamente cómoda para sus cuadros. La firma del tratado de Dayton sobre Bosnia, en 1995, y la caída del gobierno de Berisha en Albania, en 1997, hicieron que se desvaneciesen, por otra parte, muchas de las esperanzas que los albanokosovares habían depositado en una eventual mediación internacional. De resultas, una parte de la resistencia, consciente de los nulos éxitos alcanzados por la vía pacífica, empezó a coquetear con el horizonte de una respuesta armada.

Entre tanto, la política del gobierno serbio, claramente impregnada de tonos xenófobos, cerraba el camino a cualquier negociación. En esas condiciones a duras penas podía sorprender que la mayoría de las fuerzas políticas albanokosovares optasen por radicalizar su discurso y por reclamar el reconocimiento franco del derecho de autodeterminación.

Del conflicto bélico al ataque de la OTAN

A finales de 1997 fueron dos los cambios operados en el escenario kosovar. El primero afectó a la actitud de muchos albaneses, que –ya lo hemos apuntado– empezaron a sopesar la idoneidad de la violencia como respuesta a la agresión que padecían; el Ejército de Liberación de Kosova (ELK) fue la principal demostración del vigor de esta posición. El segundo, de entidad más difusa, lo aportó un endurecimiento en las políticas de Belgrado que no fue sino el resultado de las querencias de una opinión pública en la que la moderación perdía activos, como lo demostró en su momento la incorporación de un partido parafascista –el Partido Radical de Seselj– al gobierno serbio.

La confrontación bélica arreció a lo largo de 1998 y en su transcurso, el ELK fue perdiendo inequívocamente terreno. Al amparo del conflicto, que generó acaso un millar de muertos y unos 200.000 refugiados, la policía serbia desarrolló, al igual que en Bosnia, operaciones que a duras penas remiten a otro concepto que al de limpieza étnica. El relativo estancamiento de los combates, la llegada del invierno y la presión internacional allanaron el camino a un alto el fuego y a la firma, en octubre de 1998, de un acuerdo de paz. Éste implicaba la retirada de muchos de los contingentes militares y policiales serbios, el progresivo desarme del ELK, la reinstauración de un régimen de autonomía para la región y la apertura de un período, de tres años de duración, de normalización de la vida en Kosova. Todo ello debía ser objeto de fiscalización por dos mil observadores de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE).

El acuerdo de octubre no fue respetado por las partes, de tal suerte que a principios de 1999 la dinámica de confrontación fue en ascenso. El llamado “grupo de contacto” (Alemania, EE.UU., Francia, Italia, Reino Unido y Rusia) convocó en febrero en Rambouillet, en Francia, una conferencia en la cual se propuso imponer un acuerdo de paz que, muy semejante al de octubre

de 1998, reemplazaba, sin embargo, a los dos mil observadores de la OSCE por un contingente militar de casi 30.000 soldados bajo la dirección de la OTAN. Pese a que el grupo de contacto retiró cualquier tipo de concesión relativa a un eventual referéndum de autodeterminación en Kosova, con el propósito evidente de atraer a la firma a la delegación serbia, ésta se negó a aceptar el despliegue de contingentes de la OTAN en el territorio. Al mismo tiempo, en Kosova se producía la llegada de nuevas fuerzas militares y policiales serbias.

El fracaso de las conversaciones de Rambouillet condujo a finales de marzo de 1999 a un ataque de la OTAN sobre Serbia y Montenegro. Las razones de la intervención eran varias: el deseo de restaurar una imagen muy deteriorada, el propósito de evitar un conflicto bélico abierto que desestabilizase a la vecina Macedonia y, a buen seguro, el designio estadounidense de demostrar cuál era la única gran potencia que pervivía en el planeta. Es difícil, entre tanto, darle crédito a la idea de que la OTAN actuaba para restaurar los derechos conculcados durante años a la mayoría de la población de Kosova. Y es difícil, entre otras cosas, porque, como es sabido, la intervención acarreó una nueva y salvaje oleada de limpieza étnica protagonizada por las fuerzas armadas, la policía y los paramilitares serbios.

Por si todo lo anterior fuera poco, las acciones de la OTAN se desarrollaron en abierto menosprecio del sistema de Naciones Unidas y volvieron a ilustrar, una vez más, el vigor de un doble rasero que permite actuar con postrera contundencia contra el régimen, innegablemente genocida, de Milosevic –al que antes, por cierto, se legitimó en repetidas ocasiones–, pero impide asumir comportamientos semejantes ante otro régimen, el turco, que desde decenios atrás practica la limpieza étnica en el Kurdistán.

Todas estas razones invitan a recelar de la función aparentemente liberadora de la OTAN, tanto más cuanto que en el momento en que estas líneas se escriben las potencias occidentales siguen sin reconocer lo que se antoja una exigencia insorteable: el derecho de autodeterminación para Kosova.

Los escenarios de futuro

Ya que no sabemos cómo está llamada a concluir la crisis derivada del ataque de la OTAN y de la nueva oleada de limpieza étnica desplegada en Kosova, poco más podemos hacer que presentar algunos escenarios posibles para el futuro. Reduciremos éstos a cuatro.

— a) Una consolidación, y una legitimación, del grueso de los efectos de la represión alentada desde Belgrado. Es posible que lo que las unidades serbias hayan intentado en Kosova a partir del 24 de marzo de 1999 haya sido limpiar étnicamente las partes del país –monasterios y minas, para entendernos– que estiman irrenunciables, como es posible que la comunidad internacional acepte la triste realidad de una partición asentada en la violencia. Al fin y al cabo, no otra cosa que eso aceptó en Bosnia en 1995.

— b) La devolución a Kosova de su condición de 1989, que es al fin y al cabo la propuesta maestra del grupo de contacto. A estas alturas es difícil que las fuerzas políticas albanokosovares acaten semejante cierre en falso de la crisis. Esto aparte, conviene subrayar que la Yugoslavia que integran hoy Serbia y Montenegro es una federación en la que los flujos centralizadores son mucho más poderosos que los que se registraban diez años atrás, de tal suerte que no es sencillo imaginar qué supondría para Kosova la recuperación de la perdida condición de provincia autónoma.

— c) La conversión de Kosova en una de las entidades que integran la Federación Yugoslava de hoy, en pie de igualdad con Serbia y Montenegro. Ningún dato invita a concluir que Belgrado ha tomado en serio esta propuesta en momento alguno, y ello pese a que, al menos en teoría, daría alguna satisfacción a las demandas de unos y otros.

— d) El reconocimiento franco del derecho de autodeterminación de Kosova, algo a lo que

hasta el momento se han negado tanto Belgrado como las principales instancias internacionales. Entre las consecuencias posibles del ejercicio de ese derecho, probablemente tras un período de protectorado guiado por Naciones Unidas, se contarían un Kosova independiente –sin duda es la opción mayoritaria entre los albanokosovares– y una futura integración en Albania. Conforme al primer proyecto, Kosova podría convertirse en un Estado abierto y desmilitarizado en el que cabrían, por añadidura, fórmulas de cantonalización de las áreas en las cuales hubiese significadas minorías, acuerdos extraterritoriales para resolver los problemas relativos a determinados recintos de valor histórico para serbios y montenegrinos –podrían quedar bajo jurisdicción foránea– y fronteras muy abiertas. El olvido, nada casual, de este tipo de proyectos se ha producido al amparo de la intoxicación generada por el gobierno serbio, que prefiere confundir a toda la resistencia albanokosovar con el Ejército de Liberación, que no gusta de distinguir, dentro de éste, opiniones a menudo dispares y que ha conseguido que muchos tiren por la borda el ascendiente, todavía vivo, de un movimiento de desobediencia civil que ha prolongado su ejemplar singladura durante ocho largos años.

Para reflexionar

Si se trata de hilvanar unas últimas reflexiones a manera de conclusión, la primera nos obliga a recordar la responsabilidad central del gobierno serbio en lo que respecta a la desintegración violenta de Yugoslavia. El presidente Milosevic procedió en su momento a dinamitar toda la estructura federal del Estado yugoslavo, no dudó en pujar por fórmulas de “resolución” violenta de los problemas generados por su propia política y demostró su talento a la hora de diezmar cualquier oposición. Más adelante, y por si todo lo anterior fuese poco, asumió de buen grado la consolidación, en Serbia, de un modelo de capitalismo mafioso. En tanto en cuanto en Serbia, y en Croacia, sigan gobernando las mismas personas que son directos responsables de la desintegración violenta de Yugoslavia, es hartó difícil que las relaciones que nos han legado asuman el camino del diálogo y de la paz.

Es verdad, en segundo lugar, que de la condición de capitalismo mafioso que caracteriza a la Serbia de hoy se deriva una consecuencia interesante. En modo alguno puede descartarse que el régimen serbio esté buscando un argumento que presentar ante sus conciudadanos para explicar por qué es preciso abandonar Kosovo. No debe olvidarse al respecto que Milosevic no es un nacionalista y que poco le preocupa que Kosovo sea el crisol, supuesto o real, de la nación serbia. El hoy presidente yugoslavo sabe que el crecimiento vegetativo de los albaneses es mucho más alto que el que exhibe la población serbia, de tal suerte que en el horizonte se barrunta un Estado que, de no prescindir de Kosovo, contará con una mayoría de albaneses. Así las cosas, y siempre según la interpretación que glosamos, Milosevic preferiría preservar el núcleo fundamental en el que ha tejido un impresentable capitalismo mafioso antes que guerrear hasta el fin por un territorio que nada le dice.

En tercer lugar, éste es el momento de subrayar que, pese a la retórica y los gestos, la actitud de la comunidad internacional –con los Estados Unidos y la Unión Europea (UE) a la cabeza– en relación con el conflicto de Kosova no es muy diferente a la que se hizo valer en Bosnia en 1992. Para explicar el fracaso de entonces, y en lo que a la UE se refiere, se adujo que la Política Exterior y de Seguridad Común se hallaba en aquel momento en sus cimientos. La explicación llevaba implícita la sugerencia de que con el paso de los años, y desde el citado 1992, las cosas habían cambiado de manera significativa. Hoy más bien parece, sin embargo, que estamos obligados a concluir que los cambios han sido menores en un escenario en el que las respuestas al conflicto kosovar recuerdan poderosamente a las de un lustro atrás en Bosnia. Y al respecto hay que preguntarse por qué la comunidad internacional permaneció ajena a finales del decenio de 1980 al despliegue de cualquier política de prevención, por qué ha tardado diez largos años en tomar cartas en el asunto, por qué no dudó en su momento –en Dayton, en 1995– en darle

nuevas alas al régimen serbio, por qué no ha mostrado interés alguno en apuntalar a la oposición democrática, y con ella a los objetores de conciencia, que veía la luz en Serbia y en Montenegro, y por qué, retórica aparte, le ha dado la espalda en todo momento a los derechos humanos. Cuando analizamos las causas de la intervención de la OTAN ya subrayamos que estos últimos, los derechos, a duras penas daban cuenta de los ataques, y ello pese a que, en virtud de la general aplicación de la regla “dime de qué presumes y te diré de qué careces”, están en los labios de los principales portavoces occidentales.

Conviene subrayar, en cuarto lugar, que en Kosova resulta obligado defender, frente a la avalancha de razonamientos que invocan tesis geoestratégicas o problemas de estabilidad, el derecho de las gentes a decidir su futuro. La defensa del principio de autodeterminación no es en este caso otra cosa que una respuesta ineludible a una política, la del gobierno serbio, que ha ido cerrando todas las demás puertas al tiempo que conculcaba sistemáticamente durante dos lustros los derechos de la mayoría de la población de un territorio. Naturalmente que la defensa de la autodeterminación debe realizarse en paralelo con el reconocimiento de los derechos de las minorías. Al respecto tiene su interés recordar que la principal fuerza política albanokosovar, la Liga Democrática, ha sostenido en los últimos años que los serbios son tan ciudadanos del país como los albaneses. Más aún: su propuesta maestra estriba en un Kosova independiente que sirva por vez primera de puente entre dos estados atávicamente enfrentados: Serbia y Albania.

Agreguemos, en fin, que nada es más grave entre nosotros que dar por buenos los efectos de una omnipresente etnificación del lenguaje. La satanización “de los serbios”, como si entre ellos no hubiese un sinfín de posturas distintas, es una dramática distorsión de la realidad. También lo es, probablemente, el olvido de los vínculos que, pese a todo, existen entre las comunidades. En la lengua que hablan los serbios que viven en Kosova está presente hasta un 20% de palabras albanesas, y cabe suponer que algo semejante ocurre, con palabras serbias, en el albanés hablado por los albanokosovares. Un sacerdote serbio, el padre Sava, ha tenido el coraje de defender, desde su monasterio de Deçani, a las víctimas de la limpieza étnica y no dudó en su momento en recibir a quien a la sazón era el portavoz del ELK, Adem Demaçi. No tenemos razón alguna para concluir que gentes como él son una absoluta rareza.

16 de abril de 1999

Bibliografía básica

- Duijzings, Ger; Janjic, Dusan; Maliqi, Shkelzen (dirs.) (1996). Kosovo. Confrontation or coexistence. Universidad de Nimega, Nimega.
- Dyker, D.A.; Vejvoda, I. (dirs.) (1996). Yugoslavia and after. Longman, Londres.
- Malcolm, Noel (1998). Kosovo: A Short History. Macmillan, Londres.
- Maliqi, Shkelzen (1998). Kosova: separate worlds. MM Rene & Dukagjini, Peje.
- Qosja, Rexhep (1995). La question albanaise. Fayard, París.
- Re, Emmanuela C. del (1997). Albania punto a capo. Seam, Roma.
- Roux, Michel (1992). Les albanais en Yougoslavie. Maison des sciences de l'homme, París.
- Rugova, Ibrahim (1994). La question du Kosovo. Fayard, París.
- Veremis, Thanos; Kofos, Evangelos (1998). Kosovo. Avoiding another Balkan war. Hellenic Foundation for European and Foreign Policy, Atenas.
- Vickers, Miranda (1995). The Albanians. A Modern History. I.B. Tauris, Londres-Nueva York.
- Vickers, Miranda (1998). Between Serb and Albanian. A History of Kosovo. Hellenic Foundation for European and Foreign Policy, Atenas.
- VV.AA. (1993). Human Rights Abuses in Kosovo. Human Rights Watch/Kelsinki, Nueva York.

3. CAUSA JUSTÍSIMA - GUERRA INJUSTA

DE CÓMO OCCIDENTE ACABÓ CONVIRTIÉNDOSE EN “EL OESTE”

José Ignacio González Faus

Quisiera proponer estas reflexiones en forma de preguntas: ¿qué está pasando en Kosovo? Pero qué está pasando no al nivel de la anécdota militar o de la tragedia humana, sino al nivel de eso que, un poco pomposamente, solemos llamar “marcha de la historia”.

Lo que suscita esa pregunta es un estado de ánimo que va generalizándose: mucha gente dio un suspiro de alivio cuando oyó que se iba a atacar a Milosevic, que la comunidad internacional ya no estaba dispuesta a tolerar atrocidades como las de años anteriores, cuando el bombardeo de Dubrovnik o el sitio de Sarajevo. ¿Por qué esa misma gente empieza ahora a estar cada vez más en contra de la guerra de Yugoslavia?

Creo que eso es lo que debemos preguntar en este momento. No se cuestiona pues ni el carácter genocida y criminal del sr. Milosevic, ni el horrible drama humano de los kosovares.

Intentaremos reflexionar y preguntar, a partir de algunas frases o argumentos que todos hemos escuchado durante estos días.

3.1 La comunidad internacional no podía quedar impasible (J. SOLANA)

Totalmente de acuerdo. Pero hay que añadir que la Otan no es la comunidad internacional. Suecia, Suiza, Brasil, Japón y otros mil países son también parte de la comunidad internacional. Aquí detectamos una primera incoherencia. Es magnífico haber conquistado el principio moral de que los tiranos no son impunes en su propio territorio. Pero debemos sentirnos culpables de no haber creado los cauces necesarios para ello, que serían una auténtica comunidad internacional.

Y así ha ocurrido que, cuando se hizo necesario acabar con una tiranía cruel, en esta aldea global no había nadie legitimado para hacerlo. O capacitado con legitimidad política. La moral tradicional explicaba que la primera condición para que una guerra sea justa es “que la convoque aquel que tiene autoridad para ello”¹. ¿Qué autoridad tiene el sr. Clinton, o el sr. Solana para convocar una guerra? ¿Quién se la ha dado?

Esa autoridad no reside en la OTAN, o en los USA, sino en toda la comunidad internacional. Y resulta que, en esta aldea planetaria, tan aldea y tan pequeña para todo lo que sea el baile de capitales, el mercado de superfluidades o el turismo sexual con niñas del oriente, no existe ni siquiera un “alcalde de pueblo” para cuando surjan los conflictos, que son el primer rasgo de toda convivencia humana.

¿Por qué no existe? La respuesta por dura que resulte es: porque se ha procurado que no existiera. Un par de ejemplos de ello:

— a) Estos días hemos vivido también “el caso Pinochet”. Más allá de cómo termine, hay que reconocer que se trata de un caso enormemente complicado desde el punto de vista jurídico. Y esa complejidad viene de la inexistencia de un “tribunal penal internacional”. Una instancia reclamada muchas veces por diversas voces, y que Estados Unidos ha procurado obstaculizar siempre con ayuda de sus acólitos. Por eso hemos oído a mucha gente buena durante estos días: “lo más importante no es cómo termine el caso Pinochet, sino que sirva para llegar por fin a un tribunal penal internacional”. Ojalá. Pero permítanme que lo dude.

— b) Se dice (no ha sido confirmado ni desmentido) que Milosevic aceptaba firmar los

acuerdos de Rambouillet a condición de que las tropas de vigilancia de su cumplimiento fuesen tropas de la ONU y no de la OTAN². Digamos al menos que, si eran tropas de la OTAN, debían serlo bajo mando de la ONU.

Y aquí aparece la ONU. Como todos sabemos, al acabar la segunda guerra mundial, en aquel momento de horror y de crisis, se trató de que Naciones Unidas fuera esa autoridad mundial que ya se vislumbraba necesaria tras la aventura de Hitler. Como todo lo humano, la cosa funcionó a medias. Por eso últimamente no han parado de surgir voces que reclamaban la urgencia de una seria reforma de Naciones Unidas (sobre todo con motivo de su cincuenta aniversario). Esas voces fueron sistemáticamente desautorizadas por los políticos, como locas utopías de visionarios idiotas. Ni Estados Unidos ha querido nunca unas Naciones Unidas que no fueran unas “naciones sometidas”, ni los miembros del Consejo de Seguridad han querido renunciar al derecho de veto, ni los países que se enriquecen con el comercio de armas están dispuestos a ceder un ápice, para que la autoridad mundial vaya concentrando –y reservándose– el uso de la fuerza, como sucede en cualquier país mínimamente civilizado. Más aún: Estados Unidos viene descuidando sistemáticamente el pago de su cuota a Naciones Unidas, hasta llegar a ser el más insolvente de todos sus miembros; pero luego ha demostrado no tener dificultades económicas cuando se trataba de gastar millones de dólares en una guerra como ésta... ¿No es esto enormemente sospechoso?³

Surge entonces una nueva pregunta: ¿no será aplicable aquí el conocido refrán que dice: “aquellos polvos trajeron estos lodos”?

O con otras palabras: si cuando se hizo necesario acabar con Milosevic, no había nadie legitimado para ello (porque el único que estaría legitimado tenía menos capacidad real que un enfermo terminal para arbitrar un combate de boxeo), entonces volvimos otra vez a la solución más fácil: la legitimación de la fuerza. “Lo haremos nosotros porque tenemos la autoridad de las armas, aunque no tengamos las armas de la autoridad”.

Creo que esto es lo que ha pasado. Por eso nos sentimos incómodos cuando, encima, nos invocan argumentos de civilización, progreso y “siglo XX”, como dice otra de las frases que hemos oído estos días.

3.2 Estas cosas ya no pueden ocurrir más, a finales del s. XX (ALGO ASÍ HA VUELTO A DECIR J. SOLANA)

Y nuestra incomodidad surge porque, en todo el proceso antes descrito, sigue vigente algo que ya lo había contado ¡hace veinte siglos! el fabulista romano Fedro, traduciendo al griego Esopo.

Tiene Fedro una fábula (la quinta de su libro primero) en que presenta a varios animales dispuestos a repartirse una presa. Entonces toma la palabra el león y dice: “yo me quedo la primera parte porque me llamo león” (y luego la segunda porque soy el más fuerte; y la tercera porque soy el más valiente etc). ¿No es esto lo que ha vuelto a pasar hoy? Así es como “El Oeste” americano se convierte en el mejor paradigma de eso que, tan llenos de orgullo fátuo, llamamos Occidente. Es decir: lo que asusta en la actual guerra de Yugoslavia es que puede acabar legitimando un paradigma de futura acción internacional absolutamente totalitario. El mundo va a tener “un gendarme” que se arrogará actuar, bombardear y matar cuando a él le parezca bien, simplemente porque él es el más fuerte. Y los demás países lo mejor que pueden hacer es ponerse de su parte, si no quieren tener complicaciones. Una lección –permítaseme decirlo– que nuestro presidente de gobierno parece tener muy bien aprendida⁴.

Nosotros podremos preguntarnos por qué se bombardea Serbia, y no se actuó en Ruanda, o en

Turquía, o en el Israel de Netanyahu que, en el trato a kurdos y palestinos, no son tan diferentes de Milosevic. Pero esta pregunta –por obvia que parezca– no tiene respuesta moral: porque, cuando se ha identificado el derecho con la fuerza, siempre resultará arbitrario. El derecho intenta ser racional; la fuerza tiende a ser irracional. Y esta es la tendencia que tememos acabe imponiéndose a partir de lo de Serbia.

(Recordemos en un paréntesis que esta tendencia venía reflejándose ya en otras actuaciones: bombardeos de Libia, de Sudán, de Irak, invasión de Panamá o atornillamiento de Colombia... Pero en esos casos, la misma ambigüedad de la causa podía volverlos contra sus actores, como de hecho ocurrió en buena parte. Ahora se trata de una causa tan justa, que por sí sola parece poder legitimar la injusticia del modo de proceder en ella.

Recordemos también que ya hubo otro presidente de Estados Unidos –quizá uno de los peores que ha tenido aquel país cada vez más despolitizado– que tuvo la ingenuidad de proclamar ese derecho de su país, fundamentándolo no en la superioridad militar, sino en razones morales: nosotros estamos legitimados por “una manifiesta superioridad moral de nuestro pueblo”. ¿Recuerdan? Fue poco después del primer “terrorismo del Golfo”. Entonces resultó ridículo. Pero ahora, la superioridad moral de la causa puede sustituir a la del gendarme).

Cerrando el paréntesis, esa tendencia parece confirmarse cuando –al celebrar su 50 aniversario– la OTAN se asigna atribuciones fuera del territorio OTAN, “en defensa de los derechos humanos y de nuestros intereses”. Esa vinculación tan típicamente norteamericana entre los dos conceptos, hace legítima la pregunta de si (aunque ahora haya procedido con una buena voluntad que yo no quisiera negar al sr. Solana) la OTAN acabará convirtiéndose en una especie de ETA (o de IRA) interestatal, precisamente ahora que ETA e IRA parecen renunciar a matar.

Así pues, recogiendo el balance de estos dos primeros comentarios, la incomodidad que –cada vez más– va sintiendo la gente, no parece residir en lo que pasa en el presente (que quizá se hizo inevitable) sino en lo que no se hizo en el pasado y en lo que puede ocurrir en el futuro, con el precedente serbio.

En las otras frases que quiero comentar, sí que vamos a mirar al presente: porque son muchos los que hoy comienzan a preguntarse no si ese tipo de intervención estaba legitimada, sino si ha estado bien pensada.

3.3 Esta guerra es sólo un ataque a Milosevic, no al pueblo serbio (TAMBIÉN DE J. SOLANA) Esta guerra se nos ha ido de las manos (COMANDANTE TELLO)

Respuesta a la primera frase: ¡pues nadie lo diría! Porque después de más de un mes de guerra, Milosevic parece seguir igual de fuerte (y hasta con más apoyo) y los serbios se han quedado sin país.

Yendo por partes: quisiera reconocer que quizá en los comienzos se intentó hacer las cosas de la mejor manera posible. Hubo primero una paciencia admirable de la que Milosevic se ha burlado. Se intentó negociar de mil maneras. Y luego se habló de bombardear sólo objetivos militares...

Pero muchas veces, el reconocimiento explícito de una buena voluntad, puede equivaler a un reconocimiento implícito de incompetencia.

En efecto: todo hace sospechar que la prepotencia del chulo minusvaloró la tozudez de Milosevic. Y cuando las cosas se alargan, acaba ocurriendo que toda la estructura de un país cobra carácter militar: carreteras, puentes, aeropuertos, sedes de televisión, industrias de carácter

civil pero que pueden trabajar para el ejército...

“Quinientos civiles muertos y dos millones de gentes enviadas al paro” puede que sea una exageración, porque procede de una fuente serbia. Pero aunque los dividamos por cinco (y evitando ese eufemismo desvergonzado por el que nuestros muertos son “asesinados” y los del enemigo son “daños colaterales” son razón para sentirse incómodo. Sobre todo si se añade el dato de que (aunque no nos fiemos de la información serbia), la frase citada del comandante Tello, le costó un disgusto.

Y sin embargo, ese “irse de las manos” parece confirmado por la otra frase a comentar.

3.4. Es una guerra en defensa del pueblo de Kosovo

En primer lugar, Dios haga que no acabe siendo una guerra al lado del ELK que, como todos los terrorismos, tampoco es la mejor representación de su pueblo.

Pero sobre todo: hasta hoy la guerra ha multiplicado por cien la tragedia del pueblo kosovar. Con el agravante de que, luego de lo que ha ocurrido, parece casi imposible reconstruir la convivencia futura, ni aunque fuese mediante una independencia de Kosovo (a la que la OTAN se había negado antes).

Si los responsables de la OTAN no previeron la atrocidad del éxodo de los kosovares, de asesinatos (in)controlados, o del uso de seres humanos como escudo, son unos auténticos irresponsables. Si dicen, como han dicho, que el éxodo no es resultado de los bombardeos, sino que ya había comenzado antes, entonces peor: porque era mucho más fácil de prever. Y obligaba entonces a poner los medios capaces de evitarlo.

Y aquí entramos en el tabú de toda esta guerra: la intervención terrestre. No hace falta ser militar para comprender que, sin presencia de tropas en Kosovo, sólo con bombardeos, no se iba a parar la masacre de kosovares. Esa es, otra vez, la expectativa del prepotente, no la del sensato. Hubo militares que ya lo decían. Los políticos no quisieron enterarse.

Curiosamente, cuando la moral tradicional especulaba sobre la guerra justa, contaba muchas veces con ese factor del riesgo propio, que implicaba una cierta generosidad y podía ayudar a moderar las borracheras de la violencia. Un factor que no suele darse en el terrorismo (de ahí su cobardía) y que, aunque no las justifique, puede hacer más digeribles determinadas “bendiciones” de armas y ejércitos, que hoy nos resultan tan estridentes.

Pero ese riesgo es lo que no se puede exigir a esta “ciudad alegre y confiada” que es la sociedad occidental de hoy. En la fábula de Fedro antes citada, el león podía argüir no sólo que él era “el más fuerte”, sino también que era “el más valiente”. Eso ya no vale para nosotros los occidentales, demasiado bien instalados para que vengan a molestarnos con la llegada de algún ataúd. Estados Unidos sabe muy bien que, en cuanto comience a llegar un par de ataúdes, volverá a tener una contestación como la que forzó a terminar la guerra de Vietnam.

Y ello no es debido sólo al respetable dolor que causa toda muerte de un ser querido. Me gustaría que esto quede muy claro. Ese sufrimiento es serio y sobrecogedor, y debería hacernos pensar mucho.

Pero además de eso, sucede que, en esta “cultura de la satisfacción”, en esta sociedad que otro sociólogo llama del “shopping and fucking”, no se puede soportar que comiencen a llegar ataúdes por los mismos puertos por donde nos entran las naranjas de la China y los kiwis de Nueva Zelanda, o el jamón de Jabugo y los aguacates de México, y los coches de Japón, los plátanos de Guatemala, las camisetas de Corea y las sirvientas de Filipinas... Sería una puesta al revés de los fundamentos de nuestra sociedad de mercado y consumo. Y me parece que este factor social pesa más que el dolor de personas particulares.

Resulta entonces bastante sarcástico que, en el discurso del cincuentenario de la OTAN, se permita el presidente Aznar citar unas palabras de Cervantes: “La libertad es el mayor bien que dieron al hombre los cielos. Mayor que todos los tesoros de la tierra y el mar. Por ella puede y debe el hombre arriesgar su vida”.

Muy atinado estuvo quien le encontró la cita al presidente. Pero, después de lo dicho en este apartado, hay que repetir que resulta sarcástica: porque de lo que se ha tratado en esta guerra ha sido precisamente de no arriesgar una sola vida por la libertad de nadie. O en todo caso, de arriesgar vidas de otros: de kosovares y de serbios...

3.5. La mujer del César no sólo debe ser honrada sino parecerlo (ATRIBUIDA A JULIO CÉSAR)

La última pregunta ya no podemos hacerla comentando ninguna frase del momento, porque de esto nadie habla. Pero es una de las sospechas más importantes.

¿Quién ha armado a Milosevic? ¿Quién ha estado vendiéndole armas durante estos últimos cinco años? Los mayores vendedores de armas son precisamente los países que tienen derecho de veto en el Consejo de Seguridad de la ONU⁵. En la OTAN hay una especie de acuerdo tácito de no vender armas a países que no respetan los derechos humanos. Pero –según denuncia de Amnistía Internacional– es un secreto a voces que nadie cumple ese acuerdo. Precisamente por eso nadie informa sobre este punto. España obtiene anualmente cincuenta mil millones de ingresos por la venta de armas. Y cuando el sr. Borrell acusa a Aznar de no informar al Parlamento, no parece que sea precisamente sobre este punto sobre el que le pide cuentas.

La sospecha de que esta guerra tenga más que ver con el mercado de las armas que con la defensa de los derechos humanos no nos la podrán quitar así. Porque lo innegable es que –al universalizarse el mercado como única forma de relación– la industria de las armas se ha convertido en una industria de consumo. Lo mismo que ha ocurrido también con la cultura, con el cuerpo humano etc. Y una industria de consumo necesita gastar lo producido para ir constantemente mejorando lo que produce.

Es sólo una sospecha. Quizá falsa. Pero hemos de añadir que los responsables de Occidente han hecho todo lo posible para que parezca una sospecha bien fundada. Quizá ella explicaría por qué sólo después de cinco semanas de bombardeos (en el momento en que concluyo estas líneas) se ha pensado en el recurso a otras medidas (como embargos, bloqueo de cuentas y hasta exclusión de competiciones deportivas...) que a lo mejor acaban resultando más eficaces, y a las que se debería haber recurrido antes.

En todo caso, siempre quedará esta evidencia estructural irrefutable: si todo el dinero que la humanidad lleva gastado en armas y guerras se hubiese invertido en arreglar las causas de las guerras, mucho mejor nos iría a todos.

En conclusión

Así es como, algo que había que hacer, se ha hecho mal. Se ha hecho mal, primero porque ya no podía hacerse de otra manera. Pero nosotros somos culpables de que “ya” no se pudiera hacer de otra manera. La denostada moral tradicional conocía también el criterio de “culpable en causa”.

Pero se ha hecho mal, en segundo lugar, porque se está causando más daño del que se quería evitar. Quiera Dios que esta afirmación valga sólo para el presente y no perdure en el futuro.

Y, dada la tónica de lo que ha sido este artículo, quiero cerrarlo también con un par de preguntas.

— 1. Si en algún momento ha merecido respeto el sr. Clinton, fue cuando le vimos aparecer demacrado y medio lloroso por la tele, tras la reciente matanza escolar de Denver, preguntándose abrumado: ¿por qué? ¿por qué? ¿por qué?...

No quisiera parecer cruel. Pero creo que es inevitable hacerse otra pregunta más dura: ¿no será porque lo que hizo aquel par de muchachos de cables cruzados es lo mismo que ha visto hacer a su país, siempre que se ha sentido incomodado por alguien? ¿No será la terrible matanzade Littleton fruto de una sociedad “adicta a la violencia”? ¿No será una versión infantil del modo de proceder de los mayores en el mundo? A los niños, ya se sabe, les gusta jugar imitando a los mayores. Ojalá pues que aquellos porqués de Clinton no queden estériles.

— 2. Desde los comienzos del conflicto, Aznar lo aprovechó para darnos su lección particular: la causa de todo este desastre son los nacionalismos excluyentes.

Aunque algún dirigente nacionalista se molestara por esa declaración, a mí no me cabe la menor duda de que cuando Aznar decía eso se estaba refiriendo, más que a nacionalismos “secesionistas”, a los nacionalismos “Imperiales”. Concretando más: se refería al nacionalismo hispánico que es el que, en este país, tiene peor expediente en eso de negar autonomías y comportarse de manera excluyente. Atención pues al nacionalismo hispánico. Y gracias al sr. Aznar por el aviso.

Pero, una vez dicho esto, sigue pendiente otra pregunta, dirigida a los otros nacionalismos preocupados por identidades pequeñas: ¿tiene sentido llevar esa preocupación identitaria hasta la antipatía o el desprecio hacia los vecinos cuando, por otro lado, en esta Europa aún sin Norte, a nadie –catalanes, vascos, castellanos, franceses, bávaros, alemanes, escoceses o quien sea– le va quedando otra identidad que la de ser “clónicos de Estados Unidos”?

Con toda sinceridad, no me parecen dos preguntas inútiles.

27 de abril de 1999

NOTAS

1. Recuérdese la afirmación de santo Tomás: “no es competencia de una persona [añadamos: o entidad] privada el promover una guerra” Summa Theologiae, (2.2, 40, I,c).
2. Al menos es cierto que una de las cláusulas del fallido acuerdo de Rambouillet reclamaba una total y exagerada impunidad para las posibles acciones de la OTAN en su vigilancia del cumplimiento de ese acuerdo.
3. Sobre la reforma de la ONU véase el magnífico libro de Vicenç Fisas: El desafío de Naciones Unidas, ante un mundo en crisis. Barcelona 1994. Y nótese la alusión a la crisis del mundo ya en el título mismo del libro.
4. Muchos preferiríamos que el sr. Aznar, cuando habla de este tipo de cuestiones, procurara no parecerse tanto al chico gris de la banda, que siempre se pone de parte del matón más fuerte, precisamente porque es el más temible. Justicia o derechos humanos son conceptos que no parecen hechos para arrogarnos más fuerza, sino para plantar cara a los más fuertes.
5. El 90% de las armas vendidas entre 1988 y 1992, según el libro citado de V. Fisas (p. 42). Con el agravante de que esos mismos países no han firmado muchos de los pactos propuestos por la ONU relativos a derechos humanos...